

mente en la guerra civil, deseaban algunos que presidiese Pompeyo los Comicios; á lo que al principio se opuso Caton diciendo: que no habia de venirles por Pompeyo la seguridad á las leyes, sino por las leyes á Pompeyo: pero prolongándose la anarquía por largo tiempo, y teniendo sitiada la plaza pública á cada momento tres ejércitos, de modo que estuvo en muy poco el que este mal no se hiciese irremediable, juzgó conveniente que en aquella extrema necesidad se pusiese la república por voluntario favor del Senado en manos de Pompeyo, y que usando entre los remedios ilegales del mas suave para curar el mayor de los trastornos se recurriera al mando de uno solo, antes que estarse esperando á que la sedicion terminase en tiranía. Manifestando pues Bibulo, que era deudo de Caton, su dictamen en el Senado, dijo, que convenia elegir por único Cónsul á Pompeyo: porque ó la república se mantendria estando él al frente, ó á lo menos servirian al que parecia mas digno. Levantóse en seguida Caton, y cuando nadie lo esperaba elogió este pensamiento, y fue su parecer que cualquiera gobierno era preferible á la anarquía; y que esperaba que Pompeyo gobernaria rectamente, y conservaria la república que se acogia á su virtud.

Nombrado Cónsul de este modo Pompeyo rogó á Caton que pasara á verle á los arrabales; y habiéndolo este ejecutado así, le recibió con el mayor agasajo alargándole la diestra, y abrazándole. Mostrósele despues agradecido, y le pidió que fuera su consejero y asesor en el desempeño del cargo; pero Caton le respondió: que ni lo pasado lo habia dicho por agraviarlo, ni lo presente por hacerle obsequio, sino todo en bien y servicio de la república; y que en particular le daría consejo cuando lo llamase; pero en público no aguardaria á ser llamado ó rogado, sino que francamente diría lo que entendiese; y lo

cumplió como lo dijo. Porque en primer lugar, estableciendo Pompeyo nuevas multas y graves penas contra los que habian sobornado al pueblo, le advirtió que no debia volverse sobre lo pasado, sino precaverse lo futuro; pues por una parte no seria facil fijar el término donde habia de pararse la averiguacion de los anteriores yerros; y por otra, si se imponian nuevas penas á los crímenes pasados, seria cosa muy dura que los reos fuesen castigados segun una ley que no habian traspasado ó violado. Ocurrió en segundo lugar que habiendo de ser juzgados muchos varones ilustres, algunos de ellos amigos ó deudos de Pompeyo, como viese á este que en muchas cosas cedía y se doblaba, le respondió y corrigió con vehemencia. Mas prohibió el mismo Pompeyo por una ley los elogios que por costumbre se hacian de los procesados; y habiendo escrito el elogio de Munacio Planco, lo dió para leerlo durante el juicio; y Caton, poniéndose las manos en los oidos, porque se hallaba de juez, se opuso á que se leyera. Planco lo rehusó, y excluyó del número de sus jueces despues de pronunciados los informes; mas sin embargo fue condenado. En general para los reos era Caton un objeto de gran duda y perplejidad; porque ni querian tenerle por juez, ni se atrevian á recusarlo: pues no pocos fueron condenados, porque se creyó que el huir de Caton nacia de que no confiaban en su propia justicia; y algunos les echaban en cara sus enemigos, como un gran baldon, el no haber querido tener por juez á Caton cuando le habia tocado.

César, aunque muy embebido en la guerra de la Gallia, y muy entregado á las armas, no dejaba de adelantarse en su intento de ganar poder en la ciudad por medio de presentes, de sobornos con dinero, y de los manejos de sus amigos, acerca de lo cual ya las amonestaciones de Caton habian hecho volver á Pompeyo de la incredulidad que antes le hacia tener este

peligro por un sueño; pero como sin embargo estuviese todavía lleno de pereza é irresolucion, para contrarestarle y contenerle se movió Caton á pedir el Consulado, porque ó le quitaria las armas á César, ó pondria de manifiesto sus asechanzas. Sus competidores ambos tenian favor: Sulpicio, uno de ellos, debía en gran parte sus aumentos en la república á la gloria y al poder de Caton: asi creia que en esta ocasion faltaba á la honradez y al agradecimiento; pero Caton no se daba por ofendido; porque ¿qué hay que maravillar, decia, el que uno no ceda á otro lo que tiene por el mayor de los bienes? Mas en este mismo tiempo hizo decretar al Senado que los que pedian las magistraturas hubieran de hacer por sí mismos los obsequios al pueblo, y no por medio de otros, ni interponer quien hiciese ruegos; con lo que aun irritó mas á la muchedumbre, pues que quitándoles, no solo el recibir precio, sino aun el hacer favor, dejaba al mismo tiempo á la plebe pobre y desatendida; y como no siendo por su caracter propio para agasajos y obsequios quisiese mas conservar la dignidad y decoro de su conducta que ganar el cargo, no haciendo por sí, ni dejando que hiciesen sus amigos las demostraciones recibidas, con las que se capta y gana la benevolencia del pueblo, fue desairado en su pretension.

Solia un suceso de esta especie causar ademas del rubor que es consiguiente gran abatimiento y duelo por muchos dias, no solo á los mismos desatendidos, sino á sus amigos y deudos; pero Caton lo llevó con tal entereza, que unguido se puso á jugar á la pelota en el campo Marcio, y despues de comer bajó otra vez á la plaza descalzo y sin ropilla, como lo tenia de costumbre, y se paseó con los que siempre eran sus compañeros. Culpábale Ciceron de que cuando la república necesitaba de un hombre como él no hizo la debida diligencia; ni usó con el pueblo de la

correspondiente afabilidad; y de que para en adelante cedió ya, y se dió por vencido, cuando respecto de la pretura desairado una vez, volvió sin embargo á pedirla despues. Mas á esto decia Caton que en la pretura habia sufrido repulsa, no por la voluntad de la muchedumbre, sino porque esta habia sido violentada ó corrompida; pero en la votacion para el consulado, no habiendo intervenido fraude ninguno, habia conocido que el pueblo era el que le habia repudiado á causa de su tenor de vida; y que ni el mandarlo, segun el capricho ageno, ni el volver otra vez á ponerse en el mismo caso, habiendo de usar del mismo porte, era propio de un hombre de juicio.

César, habiendo acometido á naciones belicosas y esforzadas, y vencíndolas, cuando era de temer otra cosa, pareció que hecha paz con los Germanos habia caido sin embargo sobre ellos, y habia acabado con trescientos mil; y como los demas del Senado fuesen de opinion que debian hacerse sacrificios por la buena nueva, Caton propuso que César fuese entregado á los que habian recibido aquella injusticia, para no atraer sobre sus cabezas la venganza divina, ni exponer á ella á la república; y si hemos de sacrificar á los dioses, dijo, sea para que no hagan caer sobre los soldados la pena debida á la locura y furor de su General, sino que tengan compasion de la ciudad. De resultas de esto César escribió al Senado una carta, que contenia muchos improprios y acriminaciones contra Caton; y luego que se leyó, levantándose este, no con enfado, ni con acaloramiento, sino usando del racionio, como si aquel fuera un discurso preparado, demostró que las inculpaciones hechas contra él no eran sino injurias y burlas, reducido todo á puras chocarrerías y palabras vanas: y pasando despues á las ideas y conatos de aquel, desde el principio puso de manifiesto

todos sus designios, no como enemigo, sino como si fuera socio y participante de ellos, haciendo ver á los Romanos que á este era, y no á los hijos de los Germanos, ó los Galos, á quien si tenían juicio habían de temer; con lo que de tal modo los movió é inflamó, que á los amigos de César les pesó de que se hubiera leído en el Senado una carta, que habia dado á Caton materia y oportunidad para tan vigoroso discurso, y para acusaciones verdaderas. Así nada se decretó, y solo se echó la especie de que seria bien dar sucesor á César. Repusieron á esto sus amigos que tambien Pompeyo debería deponer del mismo modo las armas y dejar las provincias, ó de lo contrario tampoco habria de egecutarlo César; y alzando entonces la voz Caton, les dijo estar ya sucediendo lo que les tenia pronosticado, pues César abiertamente usaba de violencia, empleando una fuerza que habia conservado con engaños, y haciendo mofa de la república; pero á la parte de afuera nada adelantó, estando el pueblo empeñado en engrandecer á César; y aunque al Senado lo convenció, este tuvo temor del pueblo.

Cuando se anunció que César habia tomado á Arimino, y que con su ejército se dirigia contra la ciudad, todos entonces se volvieron á mirar á Caton, el pueblo, y Pompeyo, como al único que habia conocido al principio, y habia manifestado abiertamente cuáles eran las ideas de César; y él les dijo: "Pues si alguno de vosotros, ó ciudadanos, hubiera dado crédito á lo que siempre estuve pronosticando y aconsejando, ni ahora temeriais á un hombre solo, ni en un hombre solo tendríais vuestras esperanzas." Reponiendo á esto Pompeyo, que si Caton habia tenido mas tino profético, él habia obrado con mas amistad; aconsejó Caton al Senado que la suma de los negocios la encomendara á solo Pompeyo, pues era propio de los mismos que causaban

grandes males el hacerlos César. Pompeyo pues, no teniendo tropas prontas, ni viendo gran decision en los soldados que acababa de reclutar, se salió de Roma: y Caton, que tenia resuelto seguirle y acompañarle, á su hijo menor lo envió á Breccios á poder de Munacio, conservando el mayor á su lado. Atendiendo pues al cuidado de su casa, y de sus hijas que se lo rogaban, volvió á recibir otra vez á su muger Marcia, que habia quedado viuda con cuantiosos bienes, porque Hortensio á su fallecimiento la habia dejado por heredera. Este fue para César uno de los principales capítulos de acriminacion y difamacion contra Caton, atribuyéndole en este hecho miras de codicia y de bajo interes: "¿porque á qué propósito, decia, despachar la muger cuando la habia menester á su lado, y volverla á recibir despues cuando no la necesitaba, si desde el principio no pasó aquella mugerzuela á poder de Hortensio como un cebo, para darla joven, y volver á recombrarla rica?" Pero á esto se aplican muy oportunamente aquellos versos de Eurípides:

Primero improbaré lo que es un crimen
Decirlo ó suponerlo; ¿y cuál mas grande
Que de cobarde motejar á Alcides?
Porque efectivamente seria lo mismo que motejar á Hércules de tímido, acusar á Caton de avaro; y si se hizo bien ó mal en tornar á este casamiento; por otra parte ha de examinarse; pues inmediatamente que Caton celebró su segundo matrimonio con Marcia, le hizo entrega de su casa y de sus hijas, y él se fue en seguimiento de Pompeyo.

Dícese que desde aquel dia ni se cortó el cabello, ni se hizo la barba, ni tomó corona, sino que conservó hasta la muerte, fuesen vencedores ó vencidos, un mismo tenor de duelo, de afliccion y abatimiento sobre las calamidades de la patria. Tócole entonces por suerte la Sicilia, y marchó á Siracusa; pero

sabiendo que Asinio Polion, de la faccion enemiga, habia llegado con tropas á Mesena, le escribió pidiéndole razon de aquel viage. Fuele pedida á su vez por Polion de la mudanza hecha en las cosas de la república, y como al mismo tiempo entendiase que Pompeyo dejaba enteramente la Italia, tenia sus reales en Dirraquio, prorumpió en la expresion de que habia grande error é inconstancia en las cosas divinas: pues que habia sido invencible Pompeyo, mientras no habia hecho nada saludable y justo; y ahora cuando queria salvar la patria y combatir por la libertad, lo abandonaba su próspera fortuna. Dijo pues que bien tenia fuerzas para arrojar á Asinio de la Sicilia, pero que viniendo en socorro de este mas tropas, no queria que la isla se perdiese en aquella guerra. Por lo que aconsejando á los Siracusanos que se arrimaran al vencedor y se salvaran, salió de la Sicilia. Llegado donde se hallaba Pompeyo, siempre se mantuvo en el mismo dictamen de que no se dieran largas á aquella guerra con esperanzas de que se hiciese la paz; y no queriendo que la república quebrantada en tan injusta contienda, sostenida contra sí misma, llegara á lo sumo de los males, encomendando al hierro la decision de su suerte. Otros consejeros hermanos de este dió á Pompeyo y á sus asesores, persuadiéndolos á que se decretase que ninguna ciudad de las sujetas á la república seria saqueada, ni ningun Romano muerto fuera de las filas; lo que le grangeó gran reputacion, y atrajo á muchos al partido de Pompeyo, conducidos de su equidad y mansedumbre.

Enviado al Asia para que ayudara á los que estaban encargados de allegar naves y gente, llevó consigo á su hermana Servilia, y á un hijo pequeño que esta habia tenido de Lúculo, porque le habia seguido, logrando con esto borrar en gran parte la nota de su inmoderada conducta, pues que se habia su-

jetado voluntariamente al cuidado, á los viages y al austero método de vida de Caton; y sin embargo César no dejó á pretesto de la hermana de lanzar dicerios contra Caton. Parece que los generales de Pompeyo en las demas partes no habian tenido necesidad del auxilio de aquel; pero á los Rodios él fue quien los atrajo con su persuasion; y dejando en aquella ciudad á Servilia y al niño, volvió á unirse con Pompeyo, que ya tenia un brillante ejército y una numerosa escuadra. En esta ocasion puso Pompeyo bien de manifesto cuáles eran sus ideas: por que habia resuelto dar á Caton el mando de las naves, que las de guerra no bajaban de quinientas; y los trasportes, las de avisos y barcos rasos no tenian número; pero habiendo recapacitado luego, ó sido advertido por sus amigos de que para Caton no habia mas que un punto capital, y era el de libertar á la patria de toda dominacion, y que por lo mismo si se ponian á su disposicion tantas fuerzas, en el dia que vencieran á César, en aquel mismo trataria de que Pompeyo depusiera las armas, y se sujetara á las leyes, mudó de determinacion, sin embargo de que ya lo habia comunicado á aquel; y nombró á Bibulo General de la armada. Mas sin embargo no observó que por eso se hubiese entibiado la amistad de Caton hácia él. Y aún se dice que para una batalla ante Dirraquio exhortó Pompeyo á las tropas, y quiso que cada uno de los generales les dirigiese la palabra para inflamarlos; y egecutado asi, los soldados los escucharon en silencio, y sin hacer el menor movimiento; pero hablándoles Caton despues de todos de los objetos propios del momento, segun lo que acerca de ellos enseña la filosofía, de la libertad y la virtud, de la muerte y de la gloria, mostrándose interiormente conmovido, y habiendo vuelto al concluir su discurso á la invocacion de los dioses, como que se hallaban presentes, y eran testigos de aquel

combate, levantóse tal gritaría, y fue tan grande la conmocion del ejército, que todos los caudillos, llenos de las mayores esperanzas, corrieron denodados al peligro. Cuando llevaban derrotados y batidos á los enemigos, el genio de César les arrebató el complemento de la victoria, valiéndose de la nimia circunspeccion de Pompeyo y de su sobrada desconfianza, segun que en la vida de este lo tenemos escrito. Alegrábanse los demas, y celebraban este suceso; pero Caton lloraba sobre la patria, y maldecia la funesta y malhadada ambicion de mando, por la que veia á muchos excelentes ciudadanos muertos á manos unos de otros.

Quando para perseguir á César despues de esta accion movió Pompeyo hácia la Tesalia, dejó en Dirraquio gran cantidad de armas, de efectos y de personas próximas ó allegadas, y constituyó por caudillo y guarda de todo á Caton, no dándole sin embargo mas que solas quince cohortes de soldados, por la desconfianza y miedo con que le miraba; porque sabia que si él era vencido, ninguno le seria mas fiel; mas si vencia, no le permitiría sacar de la victoria el partido que deseaba, como hemos dicho. Otros muchos varones principales se habian retirado tambien á Dirraquio con Caton; y quando sucedió la terrible derrota de Farsalia, esta fue la resolución que le pareció debía tomar: si Pompeyo era muerto, transportar á Italia á los que tenia á su cuidado, y él retirarse á vivir en destierro, lo mas lejos que pudiera de la tiranía; y si Pompeyo era salvo, guardar para él aquellas fuerzas. Pasando con esta intencion á Corfú, donde estaba la armada, cedió el mando á Ciceron que habia gozado de la autoridad consular, no habiendo él sido mas que Pretor; pero como Ciceron no lo admitiese y diese la vela para Italia, viendo á Pompeyo el menor decidido á castigar con un arrojio y una osadía muy fuera de sazón á los

que los abandonaban, y que el primero en quien iba á poner las manos era Ciceron, lo amonestó en secreto, y logró templarle; con lo que á Ciceron seguramente lo libertó de la muerte, y á los demas les proporcionó seguridad.

Conjeturando que Pompeyo Magno habria ido á parar al Egipto ó al Africa, dió la vela para unirsele cuanto antes, llevando consigo á todos los que tenia á sus órdenes; pero antes les habia manifestado tener permiso para retirarse los que no le acompañasen de buena voluntad. Llegado al Africa y costean-do por aquel mar se encontró á Sexto, el hijo menor de Pompeyo, quien le anunció la muerte de su padre en el Egipto. Manifestaron pues todos el mayor sentimiento, y despues de Pompeyo ninguno queria ni siquiera oír hablar de otro general que Caton, hallándose este presente; y por lo mismo Caton, lleno de rubor y compasion hácia unos hombres de probidad, que tantas muestras le habian dado de su confianza, no quiso dejarlos solos ni abandonados en país extraño; y encargándose del mando, pasó á Cirene, donde fue admitido sin embargo de que pocos dias antes habian excluido de sus puertas á Labieno. Habiéndose informado allí de que Escipion el suegro de Pompeyo habia sido bien recibido del Rey Juba, y que Apio Varo, designado Pretor del Africa por Pompeyo, se hallaba con ellos, teniendo fuerzas á su disposicion, marchó por tierra en la estacion del invierno, conduciendo gran número de acémilas cargadas de agua, y llevando ademas mucho botin, carros y los que se llamaban psilos, que curaban las mordeduras de las serpientes, chupando con la boca el veneno; y que amortiguaban y adormecian á las mismas serpientes con encantamientos. Fue la marcha de siete dias continuos, y siempre caminó al frente de las tropas, sin usar ni de caballo ni de carruage. Cenaba sentado desde el dia en que supo la derrota

de Farsalia, añadiendo á las demas demostraciones de duelo la de no reclinarse sino para dormir. Habiendo pasado en el Africa el invierno, sacó á campaña sus tropas, que eran poco menos de diez mil hombres.

Hallábanse en mal estado las cosas de Escipion y Varo, á causa de que por discordias y disensiones entre sí tenían que lisonjear y hacer la corte á Juba, que sin esto era insufrible por la gran altanería y orgullo que le daban sus riquezas y poder: así es que habiendo de verse por la primera vez con Caton, puso su sitial en medio del de este y el de Escipion; pero Caton luego que lo vió, tomando su sitial, lo pasó al otro lado, poniendo en medio á Escipion, no obstante que era su enemigo, y habia publicado un libro en que se proponia difamarle. Mas á esto no le dan ningun valor; y porque en Sicilia paseándose tomó en medio á Filostrato en honor de la filosofia, por esto le censuran. Entonces pues contuvo á Juba, que casi habia hecho sus Sátrapas á Escipion y á Varo, y á estos los reconcilió é hizo amigos. Deseaban todos que tomara el mando, y Escipion y Varo fueron los primeros que desistiendo de él, se lo cedieron; pero respondió que no quebrantaria las leyes cuando hacian la guerra al que las quebrantaba; ni se antepondría, no siendo mas que Pretor, al que era Proconsul, porque Escipion habia sido nombrado Proconsul, y los mas tenían gran confianza de que vencerian por el nombre, mandando el Africa un Escipion.

Luego que Escipion se encargó del mando, quiso por complacer á Juba que se diera muerte sin distincion á los Uticenses, y que se asolara su ciudad, por ser partidaria de César; pero Caton no lo consintió, sino que clamando y exhortando en la junta, é invocando á los dioses, aunque con trabajo, consiguió por fin desvanecer tan crueles intenciones, y ora

cediendo á los ruegos de los mismos Uticenses, ora atendiendo á lo que tambien deseaba Escipion, tomó á su cargo guarnecer y fortificar aquella ciudad, para que ni segun su voluntad ni contra ella se uniera á César, pues el pais era útil para todo, y proveia suficientemente á los que le ocupasen; y aun se hizo mas fuerte entre las manos de Caton. Porque introdujo en ella extraordinaria copia de víveres, y reforzó las murallas, levantando torres y formando delante del recinto grandes fosos y estacadas. Dispuso que la juventud de los Uticenses residiese en las trincheras, entregándole las armas, y que los demas permaneciesen en la ciudad, cuidando con esmero de que no se les causase la menor injusticia ni vejacion por los Romanos. Remitió á las tropas del campamento armas, fondos y víveres, y en general tuvo á Utica por almacén y depósito de la guerra. El consejo que habia dado antes á Pompeyo y entonces á Escipion de que no se entrara en batalla con un hombre aguerrido y temible; sino que se ganara tiempo, porque este es el que marchita el vigor de la tiranía, lo miraba tambien con desprecio Escipion por su vana arrogancia; y aun en cierta ocasion escribió á Caton tachándole de cobarde, pues que no contento con estarse quieto en una ciudad guardado con murallas, no queria dejar á los demas que segun la oportunidad obraran decididamente como les pareciese. Replícale Caton que estaba pronto á tomar las tropas de infantería y caballería que habia traído al Africa, y trasportarlas á Italia, haciendo de este modo que César los dejase á ellos, y mudando de plan corriera en su seguimiento. Mas como tambien se burlase Escipion de este partido, Caton se mostró pesaroso de haberse desprendido del mando: viendo que Escipion ni era capaz de administrar bien la guerra; ni si contra toda esperanza le salian las cosas felizmente, habia de hacer del poder un uso moderado y legítimo. Por

lo mismo formó Caton concepto, y así lo espresó á los que tenía á su lado, de que no se podian tener buenas esperanzas del éxito de la guerra por la impericia y temeridad de los caudillos; pero que si por una feliz casualidad Cesar fuese derrotado, sería preciso no permanecer en Roma, sino huir de la dureza y crueldad de Escipion, á quien ya se habian oido terribles y sobervias amenazas contra muchos; pero el mal vino mas presto de lo que se esperaba, porque á muy alta noche llegó un correo con tres dias de viage, anunciando que habiéndose dado una gran batalla junto á Tapso, todo se habia perdido, quedando César dueño del campamento: que Escipion y Juba habian huído con muy pocos, y las demas fuerzas habian perecido.

A tales nuevas, como es natural en medio de una guerra, y siendo recibidas de noche, la ciudad casi perdió el juicio, y no podia contenerse dentro de las murallas; pero recorriéndola Caton, detenía á los que pugnaban por salir, y consolaba á los que se mostraban abatidos, disipando el terror y la turbacion del miedo con decir que quizá no habria sido tanto, y que la relacion sería exagerada; con lo que logró sosegar el tumulto. Por la mañana muy temprano echó un pregon para que acudieran al templo de Júpiter los trescientos que le servian de Senado, siendo ciudadanos Romanos ocupados en el Africa en el comercio y en el cambio, y con ellos los Senadores que allí se hallaban y los hijos de estos. Mientras se reunian se presentó con semblante inalterable y sereno, como si no hubiera ninguna novedad, y se puso á leer un cuaderno que tenía en la mano, que era el inventario de los objetos preparados para la guerra, armas, víveres, arcos y soldados. Cuando ya estuvieron juntos, empezando por los trescientos, y tributando grandes alabanzas al zelo y fidelidad que habian mostrado, siendo de grandísimo recurso,

con sus caudales, con sus personas y con sus consejos, los exhortó á no dividirse, formando cada uno particulares esperanzas, y pensando en huir y salvarse solo; pues si permanecian unidos y en actitud de guerra, César los despreciaría menos, y librarian mejor cuando llegara el momento de haberle de suplicar. Dejóles que ellos mismos deliberaran sobre su suerte, pues ninguno de los dos partidos vituperaría; sino que si se mudaban con la fortuna, atribuiría esta mudanza á la necesidad; y si se mantenian en su anterior propósito, exponiéndose á todo por la libertad, no solo los elogiaria, sino que admiraria su virtud, presentándose á ser su caudillo y compañero de armas hasta tener el último desengaño de la patria, que no era Utica, ni Adrumeto, sino Roma, la cual muchas veces de mayores caídas se habia levantado á superior grandeza: que todavía les quedaban muchos auxilios para su salud y seguridad, siendo el mayor de todos el hacer la guerra á un hombre llamado á un tiempo á muchas partes; pues la España se habia pasado al partido del hijo de Pompeyo, y Roma, no acostumbrada al freno, no solo no lo recibia, sino que se enfadaba é irritaba contra toda mudanza; y finalmente que no debía huirse el peligro, pudiendo tomar lección del mismo enemigo, que ponía á riesgo su vida por las mayores violencias é injusticias; y no como ellos para quienes la incertidumbre de la guerra habia de terminar, ó en la vida mas dichosa y feliz si eran vencedores, ó en la mas gloriosa muerte si eran vencidos. Mas con todo concluyó con que ellos por sí mismos debian resolver, haciendo votos porque su determinacion tuviera el próspero fin que correspondia á su anterior virtud y patriotismo.

Dicho esto por Caton, en algunos habia hecho su discurso el efecto de inspirarles confianza; pero los mas, olvidados puede decirse al ver su impavidez,